

## El lugar teológico de la mariología

I. En teología, todos los enunciados se relacionan íntimamente entre sí. Forman un todo homogéneo en el que un miembro confirma a otro y es a la vez sostenido por él. El centro de este todo homogéneo es la cristología. Desde ella deben conseguirse y entenderse todas las demás afirmaciones teológicas. Así, por ejemplo, sólo desde Cristo puede resolverse de un modo auténtico el problema de Dios. Igualmente sólo desde Él puede decirse qué son la Iglesia y los Sacramentos, y qué es el hombre en su estado de redimido. El tratado de la Trinidad, así como la eclesiología y la doctrina de la Gracia, dependen también de la cristología. Domina, pues, por debajo de las afirmaciones teológicas un orden general. Cada parte tiene su puesto en el todo. Por eso, un error en cualquiera de ellas es un peligro para el todo. Así se comprende que la Iglesia, responsable de la conservación, transmisión y predicación de la revelación divina, ponga el máximo cuidado y vigilancia ante las amenazas a una verdad particular.

Bajo este punto de vista debemos decir que en el conjunto de la revelación y de la teología no hay nada accidental. Se da, en efecto, una diferencia de rango desde el momento que Cristo es el centro, y todo lo restante se agrupa en torno suyo. Pero eso no significa que haya de despreciarse esto último. Antes bien, aun aquellas

realidades teológicas, que a un observador superficial le parecen ser de orden inferior, son importantes y de gran alcance.

Así como la teología, que es la penetración científica de la revelación, presenta un todo homogéneo, también la misma revelación constituye una gran unidad. Se realizó en un proceso histórico en el que Dios fué manifestándose progresivamente a los hombres. La acción reveladora comenzó ya en el paraíso. Alcanzó una fase decisiva en la vocación de Abraham (*Gen.* 12, 1-8). A éste le llamó Dios para que saliese de su anterior modo de vida, de su pueblo, de su ocupación. Le prometió una tierra y una gran posteridad de la que habría de salir el Salvador. Abraham se puso en camino para obtener la futura tierra prometida. De este modo fué el prototipo de los creyentes.

Lo que comenzó con Abraham se continuó con Moisés. La palabra "alianza" expresa la relación en que Dios se puso con su elegido. Entre Dios y el pueblo nacido de Abraham se cerró una alianza. El pueblo apostató constantemente de ella, y Dios suscitó hombres cuyo deber fué reducir de continuo a la fidelidad al pueblo, inclinado siempre a la deslealtad: los Profetas. El mismo Dios permaneció fiel a la alianza en contra de la infidelidad de su aliado humano. Ejecutó resueltamente el plan que tenía. Por eso hubo una constante lucha entre Dios y su aliado terreno.

El sentido y objeto de la acción divina en el hombre era el establecimiento de la soberanía de Dios y la salvación de los hombres que vendría con aquélla.

La acción de Dios, operante en la historia, consiguió en Cristo un término decisivo. Pues con Cristo apareció aquella vida a la que tendía la revelación divina: la vida de la Resurrección.

Los Apóstoles, llamados por Cristo, entran dentro de la acción reveladora de Dios, realizada por Aquél. Son a su vez vehículo de la revelación<sup>2</sup>.

A partir de los tiempos apostólicos comienza la época que recibe su fisonomía de la continua presencialización de lo que Cristo y los Apóstoles hicieron, y en la que Dios ya no aparece con nuevas revelaciones. La función de la presencialización la realiza el pueblo de Dios en el Nuevo Testamento, la Iglesia; y la lleva a cabo a todo lo largo de la historia. La segunda venida de Cristo traerá la perfección última.

La acción de Dios, operante históricamente, realizó la historia de la salvación. Aquella historia que no la crea el hombre, sino que la ejecuta Dios en diálogo y lucha con el hombre. En ella entra en

juego el que Dios consiga el dominio sobre el hombre y éste llegue por Dios a su propia y verdadera vida. La soberbia y el egoísmo hacen que el hombre desconozca lo que le es útil para la salvación; es decir, no sabe que sólo el dominio de Dios sobre él y su propia sujeción a Dios conducen a una existencia santa. Por eso se defiende contra la acción de Dios y, en consecuencia, contra su propia y verdadera vida. De este modo, la lucha de Dios con el hombre se convierte en lucha por el hombre mismo.

La historia de la salvación, en la que no se trata del poder y grandezas terrenas, sino de la verdadera relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios, se efectúa de manera parecida a como se realiza en general la historia. Que se trate aquí de la historia de la salvación y no de la historia del mundo, el hombre sólo lo percibe por la fe, por la disposición libre y por la abertura de sí mismo a Dios. El incrédulo puede contemplar, investigar, explicar la historia de la salvación como si fuese simple historia del mundo, por faltarle el órgano para percibir la heterogeneidad de la historia de la salvación, para percibir, precisamente, el momento de lo soteriológico en el decurso histórico.

Como en la historia del mundo, también en la historia de la salvación hay cumbres, retrocesos, principio, medio y fin. Jesucristo es a la vez la cumbre y el centro, pues en El todo subsiste (*Col. 1, 16 sigs.*). Lo que le precede es prehistoria, lo que viene después de El es consecuencia y eco. En el sentido de la Revelación no se entiende por prehistoria una época inaccesible a la investigación histórica, sino el tiempo preparatorio a Cristo, que, por su parte, cae plenamente dentro de la clara luz de la historia.

Cristo creó una nueva situación en el mundo, no como una gran figura introduce en la historia una época nueva que queda marcada con su sello, sino en el sentido de que entró en la historia una realidad que no puede provenir del mundo; diversa de todo lo que sucede en él y de lo que puede lograrse con medios mundanos. En Cristo se ha hecho presente Dios mismo en la historia humana, como actor, como permanente interlocutor del hombre. En cierta manera ha saltado de la otra orilla, en la que El está, a la orilla humana, terrena, de la eternidad al tiempo (Guardini). La situación alterada se pone de manifiesto en la resurrección de Jesucristo. En ella queda patente que esa nueva situación del mundo, que El engendra, tiene un carácter trascendente. Encierra en sí una forma de vida cuyo prototipo es Cristo resucitado.

Todas las generaciones siguientes a Cristo han quedado mar-

cadadas por la nueva situación histórica aparecida con El. Se ven colocadas frente a El, y deben tomar postura ante El. Lo hacen abandonándose por la fe o rechazándole por la incredulidad. Así, Cristo, que es la clave del sentido de todo el acontecer histórico, significa también, por su parte, un nuevo comienzo, que lleva en sí fuerzas inagotables de desarrollo. El proceso de evolución y crecimiento llegará a su término por una última intervención de Dios en la historia: por la segunda venida de Cristo en poder y majestad (*Mc. 13, 26*).

La acción de Dios, operante en la historia, hizo patente a los hombres el plan de la economía eterna y divina tal como la conocemos (*Eph. 1, 9*).

Nos es posible ordenar bajo ciertos "leitmotivs" las comunicaciones divinas aparecidas sucesivamente en el curso de la historia. De esta manera nace un sistema teológico en el que la cristología tiene una significación central.

II. Queremos investigar qué lugar ocupa María y la mariología en el conjunto armónico de la revelación y de la teología, respectivamente. María entra a formar parte de la historia de la salvación a través de Cristo. Lo que Ella es y significa queda determinado por su relación a Cristo. En cierto modo, Ella ocupa en la historia de la salvación el lugar preciso en el que Dios, después de largos preparativos, saltó de su reserva celeste a nuestro mundo; no para presentarse en él únicamente como rector, operador y conservador, sino como actor a quien el hombre encuentra en la libertad de la entrega. Ella fué destinada y formada por Dios mismo para esta tarea. Por eso su figura lleva el sello de Cristo. El destino y curso de su vida están marcados por Cristo. El Hijo de Dios humanado se convirtió en la forma decisiva de vida para esta Mujer. La figura de María debe interpretarse desde el hecho de la Encarnación.

Cualquier afirmación válida sobre María se realiza, pues, a la luz de Cristo. La inteligencia de María depende esencialmente de la inteligencia de Cristo. Por tanto, quien no participe de la fe católica en la Encarnación, no puede comprender la mariología católica. Evidentemente, la comprensión del dogma mariano es una señal para saber si se ha tomado realmente en serio el dogma cristológico y si se ha aceptado en su plenitud. Una cristología, a la que falte completamente el matiz mariano, despierta la sospecha de no estar dispuesta a aceptar sin disminución ni reserva la revelación de Cristo, que se nos presenta en la Sagrada Escritura.

La mariología es, pues, una consecuencia de la cristología. Es la cristología desarrollada. Por tanto, no puede ser un émulo de ésta. Lo decisivo de esta apreciación exige añadir la observación de que la mariología no es únicamente un aspecto o matiz de la cristología. Significa más bien algo nuevo sobre la cristología, a semejanza de la eclesiología y de los tratados de la Gracia y de los Sacramentos. Aunque haya una relación tan estrecha entre Cristo y María, sin embargo no se les puede identificar. Esto llevaría a aquel pancristismo, al *Christus solus*, que fué rechazado en la Encíclica *Mystici Corporis*. Existe más bien entre Cristo y María aquella coordinación que en general se da en las relaciones del cristiano con Cristo. Pablo lo expresa con estas palabras: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (*Gal. 2, 20*). Aunque el cristiano se halle profundamente penetrado, dominado, formado y sellado por Cristo, sin embargo, no desaparece su propio yo en el de Cristo. Conserva en la unión con Cristo su libertad y su responsabilidad. María y Cristo se relacionan mutuamente como madre e hijo, como redimida y redentor. Hay, pues, una doctrina sobre María que, a pesar de su estrecha relación con la doctrina de Cristo, es distinta, añade algo a esta última, no en sentido de igualdad, sino de subordinación, pero realmente. María está total y completamente sumergida en el matiz de Cristo. Una falsa interpretación de Cristo conduce por eso forzosamente a una falsa interpretación de María. A la inversa, en María queda de manifiesto quién es Cristo y qué hace. En este sentido se puede entender el antiguo dicho de que María es la vencedora de todas las herejías cristológicas.

Se comprende así también que la aclaración y profundización de las cuestiones mariológicas corriesen paralelas a la aclaración y profundización de las cuestiones cristológicas en la antigua Iglesia. Los Concilios de Efeso y Calcedonia, en los que se trató de la verdadera inteligencia de Cristo, proporcionaron a la mariología nuevos y eficaces impulsos. Por eso no hay que extrañarse de que en la hora presente, que se caracteriza por un renacimiento de la cristología, exista un creciente y constante interés mariológico. Una cosa implica a la otra.

Cristo continúa viviendo y obrando en la Iglesia, en su sacerdocio y en su ministerio pastoral. El es la cabeza; Ella, su cuerpo; El es el Señor; Ella, su pueblo. La Iglesia es pueblo de Dios como Cuerpo de Cristo. Por eso se puede decir: la Iglesia es la epifanía de Cristo a través de los tiempos, desde la Ascensión hasta su retorno (V. Encíclica *Mystici Corporis*). Así como entre Cristo y María rei-

na una relación viva, también la hay entre la Iglesia, el Cuerpo de Cristo y María.

En María se presenta la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, como en un reflejo. Mientras Cristo mismo lleva en sí a la Iglesia como prototipo, protosacramento, protopalabra; María es, según la doctrina de los Padres, el tipo de la Iglesia, la representante de la Iglesia instituída por Cristo. En cierto modo se la puede mirar en María como en una síntesis gráfica. Como Cristo se refleja en María, así también se refleja en ella la Iglesia. Por eso María es una realidad de reflejo en doble sentido. A la vez que lleva el matiz de Cristo, lleva también el matiz de la Iglesia. La mariología tiene por eso no sólo significado cristológico, sino también eclesiológico. Se puede ver en María a la Iglesia, y en la Iglesia a María. Quien mira a María contempla a la vez a la Iglesia. Quien, a la inversa, mira a la Iglesia contempla a María. Así como se manifiesta clarísimamente en María la dinámica inagotable de Cristo, igualmente se muestra en Ella la eficacia salvadora de la Iglesia que deriva de Cristo.

También aquí se puede afirmar: el interés de la Iglesia en el presente está unido a la mariología y a la piedad mariana. No hay ninguna contradicción en que a nuestro siglo, al que se le ha llamado siglo de la Iglesia<sup>3</sup>, se le llame al mismo tiempo el siglo mariano. A la inmensa literatura eclesiológica corresponde una literatura mariológica inmensa. Al despertar de la Iglesia en el corazón de los hombres (Guardini), corresponde el despertar de María en el corazón de los creyentes. A la profundización de la inteligencia de la Iglesia está ligada la profundización de la inteligencia de María, de modo parecido a como ésta se une con la profundización de la inteligencia de Cristo.

Así como María es la imagen de la Iglesia fundada por Cristo, es también imagen del hombre redimido por Cristo. En ella se da a conocer el cambio obrado en el hombre salvado por Cristo y viviente en la Iglesia. Ella es, en pleno sentido, el hombre nuevo formado por Cristo. Por eso la mariología, a la vez que posee alcance eclesiológico, es también de importancia para la antropología teológica. En María se manifiesta a toda luz la grandeza y dignidad del hombre redimido, tanto en su estadio inicial, que pertenece a la historia, como en su estadio de perfección, que cae más allá de la historia.

Por eso en la mariología corren estrechamente unidas casi todas las líneas teológicas: la cristológica, la eclesiológica, la antropológica y la escatológica. En ella concurren casi todas las discusiones

teológicas del presente. Se manifiesta como el punto de intersección de las principales afirmaciones teológicas.

La viveza con que se discute hoy la mariología en el diálogo ecuménico entre católicos y protestantes, sólo se puede explicar tratándose de un problema de importancia decisiva. Así es en realidad. En la mariología alcanzan forma visible las cuestiones de la relación entre la actividad divina y la humana, de la esencia y sentido de la justificación y santificación, del estado del hombre perfecto. En mariología no se trata sólo de María, sino de Cristo, de la Iglesia, del hombre en gracia; es decir, de la inteligencia de toda la revelación. María es considerada en la teología no sólo como un individuo, sino como figura de significación típica en la historia de la salvación. Por eso caen dentro de la mariología las decisiones teológicas que son de interés para la totalidad de nuestra fe. A la inversa, los conocimientos teológicos de cristología, eclesiología y de la doctrina de la gracia, descubren todo su alcance en la mariología. Por eso la mariología tiene fuerza existencial para la fe de Cristo y para el hombre cristiano. En ella cristaliza la automanifestación del cristiano. Estas reflexiones explican por qué ha entrado hoy la mariología en el primer plano del interés teológico y de la piedad cristiana.

Dos motivos, nacidos de la situación de la época, juegan también su papel junto a los factores puramente teológicos. Uno es la inseguridad en que el hombre ha caído. Se siente amenazado por todas partes y ve en peligro el sentido de su vida. La figura de María, penetrando cada vez más fuertemente en la conciencia creyente, le permite mirar el sentido de la existencia como dado directamente por Cristo. No se habla aquí del sentido de la vida formulado ideológicamente. Se coloca más bien ante los ojos del hombre en una figura auténtica, modelada por Dios mismo.

A esto se une otro hecho. En la hora presente se reconoce cada vez más la tarea que la mujer, en especial la mujer creyente, tiene en la historia. Mientras hasta hace poco todos consideraban la historia como un producto del hombre, hoy se ha hecho consciente de manera más viva la eficiencia, descubierta por la filosofía romántica, que tiene la mujer en la historia y vida de la Iglesia. Con los ojos abiertos a estos hechos, la comunidad de los creyentes se vuelve hacia aquella mujer que está situada en el ángulo decisivo de la historia de la salvación.

Después de tales consideraciones, el fomento de la mariología en nuestro tiempo aparece como altamente oportuno. Acusaría un

desconocimiento de la realidad pensar que la mariología de la Iglesia tiene de hecho sus fundamentos en la Sagrada Escritura y lleva en sí, por eso, el carácter de verdad revelada, pero que en atención al diálogo con los protestantes, y a los católicos vacilantes, no debía destacarse en primer plano. Aunque hay que prestar atención a las formas y modos de expresar las afirmaciones mariológicas, para que resulte comprensible a los cristianos no católicos lo que se quiere decir, y aunque no se deba traspasar ilegítimamente en la especulación teológica, y en la piedad, el límite de las enseñanzas de la Iglesia bajo la presión de exigencias religiosas falsas, sin embargo, no se puede postergar la mariología por tales consideraciones. Antes bien es de máxima actualidad, tanto más cuanto que en muchos sitios aparece como inadaptada a la época; pues ofrece precisamente lo que nuestra época necesita para su salvación, aun sin saberlo. Quien pensara de otro modo se haría culpable de aquel "falso irenismo" que cree "que los disidentes y los que están en error pueden ser atraídos con éxito al seno de la Iglesia de otro modo que enseñando a todos sinceramente, sin corrupción ni disminución alguna, la verdad íntegra que vige en la Iglesia" <sup>4</sup>. Van tan lejos—como se censura en dicha encíclica—, "que, dando de mano a las cuestiones que separan a los hombres, no sólo intentan rechazar con fuerzas unidas el arrollador ateísmo, sino que tratan de conciliar las oposiciones aun en materias dogmáticas" <sup>5</sup>. "Arrebatados de un imprudente "irenismo", continúa la encíclica, parecen considerar como óbices para la restauración de la unidad fraterna lo que se funda en las leyes y principios mismos dados por Cristo, y en las instituciones por El fundadas, o constituye la defensa o sostén de la fe, cayendo lo cual, todo, seguramente, se uniría, pero solamente para la ruina" <sup>6</sup>.

Hoy precisamente parece haber llegado la hora de la mariología, porque el hombre, que ha perdido la seguridad en sí mismo, necesita una figura humana en la que pueda percibir con exactitud el eco de su fe en Cristo, y reconocer el último sentido de la vida establecido por El.